

OBRAS PREFERIDAS

NO POCAS VECES, periodistas y simples curiosos me preguntan: «¿Cuántas comedias, cuántas novelas, cuántos libros han escrito ustedes?». Y no puedo responderles con exactitud. Al hacer la cuenta de los hijos, siempre olvido alguno. Pienso en esas pobres campesinas andaluzas a quienes he encontrado por docenas en mis caminatas propagandísticas a las cuales yo también he preguntado: «¿Cuántos hijos ha echado usted al mundo?». También ellas vacilaban antes de contestar estoicamente: «Veinte he tenido».

En gran apuro las hubiese puesto si hubiese exigido que detallasen nombres y fechas. Parieron una vez conscientemente, y siguieron concibiendo y pariendo sin contar el dolor ni la angustia mientras tuvieron dentro del cuerpo sangre de mujer. Imagino que al intentar, por una vez, hacer el inventario de la prole, ven un confuso enjambre de greñudas cabecitas que no hubo nunca tiempo ni ganas de peinar, de angelicales caras sucias en las cuales se abrían otras tantas bocas pidiendo siempre el pan que no llegaba. ¿Cómo recordarlos a todos? Algunos hubo que, sin saber por qué, les robaron el corazón... A esos no los olvidan, aunque tal vez se fueron, «angelitos al cielo», huyendo del hambre...

Toda mujer pobre concibe y pare muchos más hijos de los que debiera. Todo escritor que hace del escribir oficio compone más obras de las que hubiera debido, ya que ellas, en vez de pedir pan, lo ganan para él. Quiero hacer aquí una confesión. Si en vez de ser mitad de esa águila bicéfala que, según Quevedo, simboliza el matrimonio, hubiera trabajado sola y bajo mi única responsabilidad –soy perezosa– no hubiese escrito ni la cuarta parte de la prosa más o menos poética que ha lanzado mi máquina Yost. A una mujer, si el Cielo la ha dotado al nacer con la divertidísima facultad de pensar, le hace falta muy poco para vivir, ya que no necesita galas, joyas ni juegos de azar para pasar el tiempo distraída y olvidarse de que está viviendo. Mas uniome la fortuna a marido

ambicioso y emprendedor que además dio en la flor de hacerse empresario de teatros, y un teatro es hidra, no de siete, sino de mil bocas que hay que estar cebando incesantemente con tuétano y médula de los propios huesos... En vista de lo cual, ¡a parir se ha dicho, sin tregua ni reposo!

Naturalmente, no todos los engendros tuvieron la suficiente madurez. He procurado, sí, presentarlos al mundo con la cara bien lavada, la pelambreira en orden y el vestido limpio, planchado y adornado con bordados y encajes cuando fue menester; de ninguno me avergüenzo, ya que nunca les he consentido mentir ni embaucar; de muchos, como he dicho, se me olvida hasta el nombre. (¿No dicen que Wagner olvidó haber compuesto *Lohengrin*, y tuvo la mayor sorpresa de su vida hallando, en el fondo de un arca, la partitura?). A unos cuantos les tengo especial amor, y no porque hayan sido los más afortunados, sino por haberme brotado más de adentro, por llevar la huella de un gozo o de un dolor trascendentales, de una hora o un segundo inolvidables.

De estos preferidos quiero hablar un poco. Al cabo son jalones en el camino de mi vida.

El número uno es *El reino de Dios*. Es una elegía, y esa palabra va como subtítulo: *El reino de Dios, elegía en tres actos*. Pero en su origen no lo era. Llamose en un principio *La ilusión*; porque, al pensar y combinar el argumento, mi colaborador y yo creímos de buena fe que la protagonista de la comedia era la chiquilla que impulsada por iluminaciones medio místicas, medio sociales—su padre era un político elocuente, lo que se acostumbra llamar *un tribuno*—, abandona las blanduras de la casa paterna y se entierra en vida, en la horrenda vida de los asilos, de las maternidades, de las casas de misericordia donde la caridad recoge lo que el mundo rechaza por demasiado abyecto, y allí vive feliz con su ilusión: dar alegría al triste. Una especie de *Celia en los infernos*.⁴³

Mas sucedió que, bien imaginado, trabado, planeado y detallado el asunto, y puesta yo a escribir la comedia, fue esfumándose la figura de la que creíamos su protagonista y fueron tomando, como por arte mágico, cuerpo y alma una serie de personajes en los cuales habíamos pensado como episódicos y que se obstinaron, tercios, en ser figuras principales. El fondo del tapiz se puso en primer término; la figura central fue palideciendo—como la de la Primavera, al pasar de los siglos, en el cuadro inmortal de Botticelli—; su dulce voz tan bien

43. Novela de Benito Pérez Galdós [*Nota de la autora*]. [En realidad, se trata de una obra teatral de escritor canario, estrenada en el teatro Español el 9 de diciembre de 1913].

educada se ahogó en el alarido de otras cien que, con malos modos y bárbara sintaxis, lamentaban intolerables cuitas: viejos desamparados, hijos sin padres y sin honra, mujeres perdidas. ¿De dónde surgió la horda pavorosa? ¡Quién lo diría! Era ni más ni menos el fondo en que, con la mayor naturalidad, había ido creciendo y formándose una criatura inverosímilmente feliz. Para decir toda la verdad, una humilde servidora de ustedes.

Mi padre, médico excelente, jamás quiso ejercer en las grandes ciudades. En su primera juventud había sufrido una hemoptisis y tenía miedo a las innumerables escaleras —entonces aún no había ascensores— que le hubiera sido preciso subir para hacer la visita ciudadana. Desde el riojano valle natal fue acercándose a Madrid —era mi madre madrileña y amaba a su familia entrañablemente— y vino a parar en los aldeaños de la Villa y Corte; allí era médico titular de las carreteras de Madrid, Toledo y Extremadura, pobladas por míseros aduares, traperías, tabernuchos, fábricas de mendigos... No hay que extrañar la palabra «fábrica»; en no pocos de aquellos habitáculos edificadas, si así vale decirlo, con latas vacías, vigas carcomidas y esteras viejas, se fabricaban las mentidas llagas en las piernas, las cegueras artificiales, las pústulas fingidas, las contrahechas mutilaciones que, ostentadas en las calles y plazas de la capital de España, habían de ablandar el corazón de los cortesanos y entreabrir sus bolsillos. Allí se alquilaban niños escuálidos y se les adiestraba en el arte de mendigar. «Este niño —dice un personaje de Arniches, copia exacta de la realidad— vale más que pesa; él solito me gana siete pesetas diarias».

Mi padre era figura popular y persona grata en aquellos infiernos; su caballo se detenía espontáneamente a la puerta del ventorro que recibía los avisos de enfermos; a veces, si halagado por el vientecillo de la llanura castellana que huele a pan, el jinete se había adormilado, relinchaba el rocín para despertarle, diciendo en su caballuno lenguaje: «Hemos llegado, señor doctor». Alguna mujeruca obsequiaba a veces al noble bruto con un terrón de azúcar hallado al revolver basuras...

En el pueblo mismo daba mi padre su asistencia en buen número de asilos: Asilo de niñas huérfanas de la parroquia de Santa Cruz, Asilo de Ciegos, Asilo de Inválidos del Trabajo, Casa para niñas convalecientes, sucursal de la Inclusa de Madrid, y otros varios. Algunos de ellos estaban instalados en la magnífica posesión de recreo que perteneciera no mucho tiempo antes al opulentísimo banquero español, émulo del Haussmann francés, D. José Salamanca.

Toda aquella miseria, toda aquella escoria, estaba atendida por las Hijas de la Caridad. Las nítidas, coquetas y voladoras *cornetas* de las damas francesas a quienes agrupara el fundador, Vicente de Paúl, traducidas a la austera forma de tocas de dueñas en la rama española de la orden, han aleteado como palomas familiares en torno a las hijas de aquel médico; las puertas de todos los asilos estaban de par en par abiertas para las niñas del señor doctor: clases, rectorios, cocinas, dormitorios, enfermerías, no tenían secretos para nosotras. En la infancia, todo parece natural; los más negros dolores de la tierra nos lo parecían, como, a decir verdad, parecianselo también a quienes los estaban sufriendo. Aún no había llegado la hora de la protesta airada. Orfandad, miseria, desamparo, deshonor, invalidez, eran para nosotras no accidentes, sino esencia misma de la vida. Existían no porque debieran existir o porque no pudieran menos de existir –no alcanzaba a tanto nuestra pueril filosofía–, sino, sencillamente, porque existían. Si llegaba la hora de merendar estando nosotras en alguno de los asilos, compartíamos y saboreábamos con las asiladas el pedazo de pan seco que se les daba de limosna; nos sabía riquísimo, bien lo recuerdo. Jugábamos con ellas al escondite entre los cenadores y glorietas de recortado ciprés, en otro tiempo escondrijo para citas galantes y elegantes; oíamos entre las alamedas desmochadas el disorde sonar de los pianos casi inservibles en que los niños ciegos estudiaban música; veíamos pasar por las calles del pueblo las filas de niñas incluseras tocadas con las mantillas de lienzo blanco que pregonaban su deshonor; nada de ello nos conmovía ni engendraba en nosotras tristeza alguna. ¡Era!

Las hermanas maestras, cuidadoras y enfermeras del triste rebaño, contaban con sencillez y sin asombro historias horrendas... Las imposibles madres de aquellas hijas; el padre, si existía, borracho perdido o inválido, sin trabajo, sin alma... Lo que hasta nosotras llegaba de tales relatos no alteraba en lo más mínimo nuestra inocencia: verdad es que las «hermanas» reían muchas veces al hablar de aquello.

Llegadas a la adolescencia, las dos niñas mayores sentimos veleidad de ser «hermanas». ¿Qué chiquilla española no ha tenido un instante el deseo de ser monja? A mí me le quitó mi confesor, quien mejor que yo misma me conocía. Mi hermana fue constante en su propósito, y en cuanto llegó a la mayor edad, se fue al Noviciado, establecido en la madrileñísima calle de Jesús, a «hacer la prueba». Lleva ya casi medio siglo fiel a su vocación, y hace ya varios lustros es felicísima superiora en un asilo de ancianos.

Cuando, en compañía de nuestra sor Gracia, presunta protagonista de *La ilusión*, nos decidimos a entrar en el Asilo de Inválidos del Trabajo, donde había de desarrollarse el primer acto de la comedia, la turbamulta malaventurada que me rodeara en la infancia se arremolinó en torno mío gritando: «¡Somos nosotros, nosotros, y aquí no hay más tragicomedia que la nuestra!».

Discutido el caso con seriedad, el colaborador y yo convinimos en que los fantasmas tenían razón: había que consentirles paso libre y dejarles dictar. Llegados a este punto, surgió un escrúpulo: en todo recuerdo de infancia hay una especie de fantasmagoría que de los cardos no deja ver sino la flor pomposa y del fango la pura agua de lluvia con que se emulsionó la inmundicia. La obra dramática proyectada, si se basaba únicamente en impresiones infantiles, corría el riesgo de resultar demasiado poética. Cierto que ya habíamos logrado la madurez necesaria para darnos cuenta del dolor ajeno; pero ¿y la forma, la sacrosanta forma, ropaje del arte, expresión y vehículo de la realidad? Era preciso mostrar los infiernos sin melodrama, declaración ni pedantería, dejando a los condenados de la tierra que hablasen por sí mismos sin mezcla de comentario personal por parte de los autores. ¿Rencor, resignación, ironía, esperanza, protesta, desesperación, grito o risa? ¡Allá ellos! A nosotros tocaba únicamente armarles el tablado, oír y callar.

Decidimos, pues, que yo fuese a León para visitar la Casa de Misericordia donde mi hermana oficiaba de monja maestra para la sección de externas pobres, y procurase, como en otros tiempos, adentrarme en las cavernas de la caridad. No era para nosotros nuevo el procedimiento. Antes de escribir nuestra primera novela corta, *Almas ausentes*, Gregorio Martínez Sierra, que aún no era mi marido, pasó quince días interno voluntario en el manicomio del renombradísimo doctor Esquerdo, colega y amigo de mi padre. Tomé, pues, el tren para León.

Ahora está muy de moda escribir la biografía del «personaje inolvidable». Sor Antonia Osés, superiora de las hijas de la Caridad en la Casa de Misericordia o de Beneficencia leonesa, es uno de los más *inolvidables personajes* con quienes he tropezado en mi vida.⁴⁴ La pluma de Galdós sería menester para dibujar tan portentosa figura; yo solo sé decir que era la caridad hecha humanidad. Amor

44. Sor Antonia Osés Lezaun era de origen navarro. Fue superiora de las Hijas de la Caridad de León desde el 4 de junio de 1898 hasta mayo de 1909, en que sale hacia Puerto Rico. De regreso a España, se reincorporó a su puesto de superiora el 18 de mayo de 1912 hasta el 19 de mayo de 1919 (Bodelón, 2015: 98).

de Dios tan alto, sublimado y esencial que nunca aparecía, indiscreto, en palabra ni en gesto ni en afectación; guardábale celosa, al cabo, secreto de amor entre ella y el Amado. El mundo no ha podido sospechar nunca aquella hoguera sino por el calor de las cotidianas realizaciones. ¡Qué interminable y terca lucha la suya contra la pobreza, contra la ignorancia, contra la estupidez, contra el despojo, contra la injusticia, contra la ineficiencia burocrática, contra la hipócrita gazmoñería! ¡Qué agudeza para penetrar ajenos pensamientos e intenciones, qué áspera y astringente compasión hacia su desdichado rebaño! ¡Qué autoridad inflexible y sin alardes! ¡Qué santo horror a la palabrería! Al más gárrulo dejábale mudo con solo mirarle; las palabras inútiles, por muy habilidosas que quisieran ser, caían a sus pies muertas antes de haber acabado de nacer. Ella decía pocas, pero eficaces, y en las más duras, ponía una gota de miel la sonrisa que el interno fuego de amor encendía en sus ojos.

La Casa que regía era un mundo: Inclusa, talleres, Maternidad, escuelas para los incluseros y para niñas externas. Instalada en un caserón antiguo e inmenso, con cinco patios grandes como plazas, lleno de escaleras y recovecos, era un matadero de hermanas; las guardias nocturnas en el hielo de los inviernos leoneses han segado en flor la vida de no pocas novicias. Eso no cuenta, y nadie lo sabe; cuando a una se la lleva la tuberculosis, ocupa otra su puesto y no hay más que hablar. Estaba la Casa sostenida por la Diputación Provincial, armatoste premioso y herrumbroso: el escaso dinero consignado en los presupuestos nunca llegaba a tiempo; los proveedores mal pagados negábanse a suministrar los alimentos o los enviaban de infecta calidad, rancios, agusanados; los asilados perecían de hambre... y, a pesar de ello, hacían frecuentes huelgas en el comedor cuando faltaba el vinagre en la ensalada o el pimentón que al menos coloreaba el caldo deslavazado de las eternas sopas; no pocas chiquillas, al llegar la pubertad, sufrían tremendos desarreglos nerviosos, semilocuras, alucinaciones...

Sor Antonia Osés luchaba a brazo partido contra la ineficiencia de la Administración, contra la mala fe de los negociantes, y salía personalmente a buscar en la caridad particular el suplemento indispensable. No descansaba nunca. Tenía un edecán shakespiriano: *La Tonta*, chiquilla imbécil que, por no poder lograr colocación ninguna que le ganase el pan, había envejecido dentro del Asilo; no daba más signo de humanidad que la perruna devoción que le inspiraba sor Antonia. No se me olvida el tono con que la superiora decía: «¡*Tonta*, el manto!», cuando una necesidad urgente la empujaba a la calle. *La Tonta* trepaba casi a gatas la escalera para buscar en la «habitación de hermanas» la requere-

rida prenda y volvía trayéndola con tanta reverencia como si sostuviese la Custodia. Echábase la monja el negro manto sobre la blanca toca y trotaba, seguida por su escudera, de la Diputación al almacén de comestibles a decir verdades y discutir cifras, a casa de los ricos para pedir limosna. Unos cincuenta años tendría cuando yo la conocí; en el ejercicio de su misión, había corrido medio mundo: casi toda España, Cuba, Filipinas; estaba familiarizada con el dolor de todos colores. En la libertad de la vida tropical, que influye inevitablemente hasta en los institutos religiosos, había podido darse cuenta más cabal que la mayoría de sus hermanas de los impulsos fundamentales y elementales del humano sentir. Nada la sorprendía ni escandalizaba. En la Diputación la temían porque decía siempre la verdad, pero la respetaban porque hacía el bien con clarividencia.

Permitiome, no solo visitar la Casa, sino residir en ella durante una semana; ocupé las habitaciones que se destinaban a los superiores de la Orden cuando venían en visita de inspección o a los prelados en recorrido pastoral: una sala encalada junto a cuyas paredes se alineaban seis sillas y un sillón con asientos de paja, una cómoda, una mesa con recado de escribir; una alcoba con pobre y limpia cama y un aguamanil. Servíame allí la comida de las hermanas, muchas veces guisada por la mía carnal. No oculté a la señora superiora el propósito que allá me guiara, y a ella no le pasó por las mientes escandalizarse porque yo intentara, de tantas desdichas, hacer una comedia.

—Entre usted donde quiera —me dijo— y hable con quien mejor le parezca. Nadie la acompañará a usted; estamos todas muy ocupadas; así podrá usted preguntar libremente.

Todas las puertas se abrieron ante mí, hasta las herméticamente cerradas de la Maternidad. Sentada en el gran patio que servía de salón a tantas infelices, que en su mayoría, a decir verdad, no parecían entristecerse demasiado por su desdicha, callando yo y sin preguntar nunca, les oía contar verdades, mentiras e imaginaciones mientras acunaban y amamantaban a los críos propios o ajenos y lavaban sus ropas en un gran pilón. Cantaban unas, reían otras, lloraban algunas más de rabia que de pena; no se consideraban ellas «perdidas» como las llama el mundo, sino «fracasadas», ya que otras de su oficio obtienen pingües y espectaculares ventajas...

—Poca suerte... ¡Si una hubiera tenido más habilidad!

La verdadera rebeldía contra la injusticia social estaba en los talleres de muchachos; la amargura impaciente, el sentimiento de deshonor, un oscuro deseo

de venganza en las clases de asiladas ya adolescentes; la angustia, la inquietud en el corazón de la superiora; las otras hermanas, atrafagadas en las múltiples tareas materiales —limpiar, guisar, barrer, adoctrinar, cuidar la enfermería y la farmacia, dirigir roperos, lavaderos, planchador—, no tenían tiempo ni para sentir ni para dolerse; eran hormigas neutras que por amor de Dios habían renunciado hasta a la piedad. Para compadecerse estaba el tiempo... ¡Y con aquella tropa ingobernable e incorregible!

Cuando volví a mi casa después de una semana de convivencia con la miseria, parecíame que la vida corriente no tenía sentido: era algo no solo injusto, sino inverosímil. Muchos días tardé en reacostumbrarme al vivir común: familia, amor, esfuerzo para ganar el pan, para lograr un poco más de perfección en el arte, lecturas, espectáculos, aquel verso perfecto, aquella música... Comer sobre blancos manteles, en vajilla de tersa porcelana, beber en copas de tallado cristal..., aquella carta que no quiere llegar, aquellas flores que trae un amigo, aquellas gotas de perfume que echo en el agua para lavarme, ¡qué absurdo, y, sobre todo, qué irrealidad! ¿Dónde estamos, mi alma?

Cuando la elegía estuvo escrita pedimos autorización a sor Antonia Osés para dedicársela. No consintió en ello. Intenté convencerla de que allí no podía tratarse de vanidad por su parte, sino de admiración y agradecimiento por la nuestra. Se negó inexorablemente. Sin embargo, en la primera edición de la obra, en la primera página del libro, va esta dedicatoria: *A Sor A. O., madre admirable*. Ahora, ella ya no existe, y pongo aquí su nombre porque es justicia.

El reino de Dios es uno de los hijos afortunados... aunque tuve en cierto modo que defender su existencia. Gregorio Martínez Sierra había formado, en unión con Enrique Borrás, su primera compañía dramática. E, inevitablemente, se había contagiado de esa enfermedad característica en todo empresario: el temor al público. Compartía mi amor hacia la obra..., pero le daba miedo estrenarla. Era —pensaba— demasiado realista, no tenía consuelo sentimental ninguno..., el respetable público no gusta de penas...

Yo argumentaba:

—Si tú no tuvieses compañía propia y otro empresario a quien se la ofreciésemos no quisiera estrenarla, ¿qué dirías de él?

—Tienes razón, pero...

—Entonces... Si nosotros hemos de renegar de nuestros hijos, más valdría no volver a escribir.